

# SUEÑOS DE LA CANCIÓN DE LA SIERRA

~By Patrick Grey

La Nochebuena de la sierra siempre terminaba con una sorpresa inesperada. Amada sabe más sobre todas las sorpresas navideñas en Huamanga que nadie. Ella y su esposo Pancho nacieron en Ayacucho; estaban separados de Lima y de todo el Perú por una cordillera. En ese entonces tenían siete hijos – tres jovencitos, tres jovencitas y el querido Jesús. Apenas a sus cuatro años, Jesusito ya hablaba más quechua que sus hermanos. Cada palabra le salía cómo poesía. Cada oración le salía cómo una canción. Apenas era una wawita, pero él era un verdadero hijo de la sierra.

Amada y Pancho no tenían que aprender castellano cómo sus hijos, pero para la Nochebuena de 1984, las cosas ya habían cambiado. No se necesita el castellano para calcular la distancia entre la casa y la Plaza de Armas ni tampoco se necesita para aprender la historia del país, pero, en ese entonces y ahora, se necesita el castellano para crear una distancia entre las nuevas generaciones y las culturas de las que provienen. Pero Jesús aún no iba a la escuela. Como el más pequeño de la camada, sus padres no lo iban a soltar a la escuela así de fácil.

Desde que llegó a la fiesta de navidad de los primos de Pancho, Amada no pudo encontrar a Jesús. A él le gustaba pretender ser un cóndor, volando libremente sobre la chacra. Como una pequeñita estrella fugaz librándose de su constelación. Con el pelo trinchado, su sonrisa inocente, su piel de cobre y la sangre del Inca corriendo dentro de sus venas, él era un reflejo perfecto de su madre y de sus antecedentes.

Había un arcoíris dentro de la fiesta. El rostro del Señor Jesús decoraba el espacio entre la puerta y el techo, servía cómo un protector del hogar. Vestidos de amarillos con verdes y chalecos de naranjas con azules. Las muchachas vestidas de rosado tomaban su chicha morada en su mesilla como debutantes. Los muchachos de pie tomaban cervezas Pilsen desde que el sol se desapareció. Después de comer el chivo y la pachamanca con su huacatay, vino el guitarrista con su esposa la cantante y les dieron el regalo

del baile. Entre el huayno y el arcoíris que se formó dentro de la fiesta, podías ver a la Amada buscando a su pequeño por todo el lugar.

Preocupada que Jesús estaba jugando con los mocosos del pueblo, Amada salió del salón y se fue hacia la chacra. Ahí fue donde ella vio a los tigres. En esa época los tigres del Perú no se camuflaban con su pelaje de rayas negras y naranjas, sino que tenían caras de rojo y blanco. No tenían voz, pero tenían bocas creadas por la insignia de la MRTA. Aunque no tenían voz, podían rugir truenos con sus escopetas. A la hora cenicienta de esa noche hubo una lluvia de terror, una estampida de colores. Los gritos de auxilio resonaron con los cerros. Cuerpos encima de cuerpos tirados en el salón. Ahí fue cuando la nube de cenizas robó el arcoíris. Amada se estaba ahogando en un río de sangre. Después, los tigres regresaron del mismo vacío de donde vinieron.

Cuando la masacre navideña concluyó y la madrugada amaneció, Amada emergió por debajo de una pared pintada de sangre. Ella estaba gritando y suplicando a Jesús. Mientras más vecinos, comadres y primos emergían de la tierra, Amada tenía la misión de encontrar a su hijo. Los sobrevivientes crearon una muralla de cadáveres entre la chacra y el salón de fiesta para que los entierren fácilmente. Ella entró silenciosamente a la chacra después que el fuego aniquilara la cosecha de maíz y quinua, y persiguió el pequeño canal que traía agua del río. De ahí, la canción de las palomas terminó.

Jesús estuvo boca abajo mientras que su madre estaba tesa cómo una piedra mirándole por encima. Ahí estuvo ella. Sin palabras estuvo; solo aullidos. Se arrodillo y cargó el cuerpo inmóvil de su hijo. Lágrima por lágrima caía en la cara de Jesús. Y cuando tomó un vistazo al cielo, Amada estuvo rodeada por Pancho y sus seis hijos.

Amada se levantó con su hijo en sus brazos. Ella enterró a su hijo por sí misma. Antes de irse del cementerio, arrancó la flor de cada rama y le dejó una alfombra de flores encima de su tumba. Cuando Amada se dio la vuelta se prometió que nunca regresaría. Nunca falló en su promesa. Pero ella lo extrañaba. Lo extrañaba como las estrellas extrañan al sol en el cielo mañanero.

Para el año nuevo, Amada y su familia se mudaron a la capital. Lima no les ofrecía nada excepto seguridad dentro de la gran sociedad. Pero una realidad penosa le enfrentó a Amada: el limeño no habla quechua y Amada

no hablaba castellano. Sus hijos gozaron de la capital; ampliaron sus conexiones, encontraron parejas y adquirieron vidas metropolitanas. Pero Amada solo quería respirar el aire del campo y acordarse del amor de Jesusito. Cuando le quitaron a su hijo, le rompieron el corazón en dos. Cuando la desplazaron a Lima, le arrancaron la lengua.

Y ella aún está viva. Aún vive en Lima. Pancho murió unos cinco años después de Jesús. Después de su fallecimiento, no tuvo a nadie con quien hablar. De viuda, se convirtió en abuela y después de bisabuela. Ella era la matriarca de su familia y nadie compartía su lengua. No existe ninguna foto de Jesús; su imagen solo permanece en la fábrica de su memoria. Hasta la historia de su hijo fue escrita en una carta que ella no hubiera podido leer. Solo el recuerdo de su vida en la sierra y su precioso hijo. Cuando cierra sus ojos, aún puede ver el radiante sol del cerro; aún puede oler la libertad de la chacra; aún puede tocar el amor de su hijo perdido. Y así se quedó, soñando con la canción de la sierra.